

BARRIGA BRAVO, José Julián y Sixto SÁNCHEZ LAURO, coords. *Los Franciscanos en la América Hispana. El legado de los «Doce Apóstoles de México»*. Murcia: Laborum Ediciones, 2025. 724 pp. 24 x 17 cm., ilustraciones y fotografías.

Este volumen ponderoso está dedicado a la conmemoración del viaje que en 1524 doce frailes franciscanos emprendieron desde Belvis de Monroy, donde estaba el convento franciscano de los descalzos perteneciente a la Provincia de san Gabriel. Era el grupo que, con el mandato y obediencia de Fr. Francisco de los Ángeles, Ministro General, se incorporaba a la misión evangelizadora de las tierras incorporadas a la Corona española en el territorio del Virreinato de México, Nueva España. El congreso conmemorativo lo apadrinó la Junta de Extremadura (su presidenta firma la presentación p. 9-11), pero contribuyeron también la Fundación Academia Europea de Extremadura e Iberoamericana de Yuste (su presidente firma el prólogo I (p. 13-16), la Real Academia de Extremadura de las artes y las letras con un segundo prólogo firmado por su directora (p. 17-21) y el Ayuntamiento de Belvis de Monroy. La introducción de ambos coordinadores (p. 23-27) da cuenta del desarrollo de las jornadas en los tres escenarios elegidos, Guadalupe, Cáceres y Belvis.

Las ponencias es lo que nos ofrecen en este volumen documentado en el que aparecen la fe, la cultura, la dignidad humana, el arte y el mestizaje que promovieron los Descalzos, como muestra el contexto histórico e historiográfico (capítulo 1, con ocho contribuciones, pp. 29-230) que explican el significado del convento del que partieron bajo la obediencia de Fr. Martín de Valencia (pp. 32-77) por F. J. Timón García. La descalcez franciscana arraigó profundamente en Extremadura, como muestra M. del Carmen Díez González (pp. 79-118) con la descripción de unos cuantos conventos, de los que aún hay datos fehacientes y restos, incluido El Palancar, que no era de la Provincia de San Gabriel, de la que procedía en sentido franciscano san Pedro de Alcántara. Desde el convento de Belvis hasta Sevilla y viaje hasta Veracruz, así lo propone N. Díez González (pp. 119-139), con la llegada a Nueva España y el contacto con los naturales, las lenguas y demás programa de actuación (pp. 141-145) de R. Martínez Baracs. J. L. Soto Pérez propone la obra de Lino Gómez Canedo y sus estudios y contribuciones sobre los Doce Apóstoles y otros Franciscanos, fruto de su largo magisterio (pp. 147-170). Los franciscanos no sólo llegaron a México, Fr. Luis Zapata de Cárdenas actuó en Colombia, Nuevo Reino de Granada, natural de Llerena (Badajoz), como bien expone L. Garraín Villa (pp. 171-197) del obispo de Bogotá y constructor de la catedral de Santa Fe. Además, desde la América novohispana se viajaba hasta Filipinas, a donde fueron los franciscanos descalzos, siguiendo la ruta del Pacífico (pp. 199-222) escrito de E. Díaz Álvarez sobre Fr. Manuel María Crespo, que en el siglo XIX desempeñó una

notable labor, como editor de la gramática de la lengua Bicol o con sus poesías. Un episodio curioso cierra esta primera sección, que es la dedicada a unos Doce apóstoles muy distintos y la denuncia contra ellos del dominico Pedro de Feria que murió siendo obispo de Chiapas en México, promotor de una evangelización pacífica. Fue autor de la *Doctrina Cristiana en lengua Zapoteca*, 1567; pero la denuncia no se refiere a los Doce apóstoles franciscanos (pp. 223-230).

Del capítulo 2, «Misión espiritual» (pp. 231-370), destaco por su contenido la contribución de Fr. Vidal Rodríguez López (pp. 233-264), que explica con detalle y acierto el contenido de la instrucción dada a los Doce Apóstoles y la Obediencia, con las que partieron los Doce desde la misión evangélica, que tiene su referencia en san Pablo, con la impronta franciscana —enviados por santa obediencia y por el sucesor de Pedro— y con la fraternidad como condición misionera evangélica, en la obediencia fraterna y la pobreza itinerante como instrumento práctico; es de gran interés también la aportación de M. Lázaro Pulido (pp. 265-296) que subraya el valor antropológico de la acción misionera de los franciscanos en América, de nuevo destacando la humildad y la pobreza como actitud básica. No dejo de destacar la contribución de Carlos E. Salto Solá en esa misma dirección (pp. 297-316) que subraya la minoridad y la pobreza como fundamento que dio pie a los derechos humanos que desde la fraternidad y desde el Evangelio fueron propuestos sin dudar del protagonismo de los naturales. A Fr. Martín de Valencia que fue nombrado responsable —custodio— del grupo está dedicado el estudio de John F. Chuchiak IV (pp. 317-359), ya que la obra misionera en el imperio mexicana comenzó apenas tres años después de la caída de Tenochtitlan (sin mitificar a tales mexicas dominantes y terribles sobre los demás pueblos indígenas); las lenguas y su aprendizaje, las gramáticas etc., fueron una gran aportación a una misión que valorizaba el patrimonio cultural y lingüístico de los pueblos autóctonos, como muestran los catecismos gráficos. La figura de Fr. Toribio de Benavente Motolinía, opuesta a la de Bartolomé de las Casas es el argumento de L. R. Guerrero Galván (pp. 361-370), así también la considera Patricia Escandón Bolaños (pp. 393-414). La dimensión jurídica y su repercusión en la evangelización es lo que nos propone uno de los editores, Sixto Sánchez Lauro (pp. 415-437), destacando la aportación franciscana en la formación de la Nueva España y en la protección jurídica y evangelización de los naturales, en la creación de la cristiandad americana. En la aportación de los Franciscanos explica C. Sánchez-Rodas Navarro que Hernán Cortés pudo solicitar el envío de los frailes, así como la diferencia respecto del cabildo de México, de la acción junto con el «oidor» Lorenzo Lebrón de Quiñones (pp. 440-475) con toda la dimensión jurídica de la audiencia. A las lenguas y a la acción cultural de los franciscanos, de Fr. Toribio Motolinía dedica su estudio M. Pilar Panero García (pp. 477-512), resaltado la

acción transformadora de la aculturación, tanto de los promotores desde su convicción como de los asimilados a la lengua y la cultura, aspectos ideológicos que también afectarán a las actividades materiales, productivas, etc. Si los conquistadores y los funcionarios marcaron la dimensión política o económica, los frailes marcaron la dimensión cultural y religiosa a la vez que la de comportamiento social. Desde el Archivo y la Biblioteca del Monasterio de Guadalupe, A. Ramiro Chico trata de los cánones artísticos relativos a Nuestra Señora de Guadalupe de México y a las imágenes o pinturas de la Virgen María desde el monasterio cacereño (pp. 513-548) con abundante ilustración y lugares en los que es patrona. La aculturación incluía aspectos cotidianos y actividades varias, también comportamientos y adaptaciones culturales, y muy importante fue la atención médico-sanitaria como indica R. Vela Navarrete hablando de los hospitales y las terapias aplicadas (pp. 549-562).

En el capítulo 4 (pp. 463-724) otras siete contribuciones tratan de la labor evangelizadora de los franciscanos, comenzando con la importancia de los *Coloquios* de Fr. Bernardino de Sahagún, autor de esta obra bilingüe y de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* –no la vio editada, pues lo fue en México el año 1830; el texto de los *Coloquios* se descubrió en 1921 (cf. p. 567 edición de Fr. José María Pou y Martí, Roma 1924)–; el texto está en lengua nahuatl y española (cf. pp. 565-591). Los catecismos pictográficos de Fr. Pedro de Gante, la obra de Fr. Diego Valadés es lo que explica C. Chaparro Gómez (pp. 593-608), y de nuevo la obra de Fr. Bernardino de Sahagún y el Colegio de Tlatelolco donde compuso sus obras, el *Coloquio* (pp. 609-626), por Antonio Rubial García. Otros aspectos de la cultura y su variedad son los referidos a la arquitectura y el cine por F. J. Pizarro Gómez y A. García Manso (pp. 627-642), sobre todo edificios dedicados a salas de cine, muchos de ellos con la impronta de las edificaciones religiosas o iglesias franciscanas. El arte es también el argumento de Rosa Perales Piqueres (pp. 643-667) en representaciones de Hernán Cortés ante los franciscanos; o el uso de los espacios conventuales, el atrio, la primera arquitectura conventual (pp. 669-697) de Gloria Espinosa Spínola con las ilustraciones documentales. Por último, la música de esa época de las misiones franciscanas que proponen M. Pilar Barrios y Hugo R. García García, instrumentos, partituras, motetes en lengua náhuatl (pp. 699-724).

En suma, nos encontramos ante una gran recopilación de tantos aspectos y motivos que han presentado ilustrando el contexto religioso, misionero, socio-político y cultural de la época de los Doce Apóstoles de México. Una obra de colaboración muy valiosa y oportuna.

Fr. Rafael SANZ OFM
Instituto Teológico de Murcia OFM